

Los
Co-Fundadores
de Alcohólicos
Anónimos



Breves notas biográficas y
sus últimas charlas importantes

ALCOHÓLICOS ANÓNIMOS[®] es una comunidad de hombres y mujeres que comparten su mutua experiencia, fortaleza y esperanza para resolver su problema común y ayudar a otros a recuperarse del alcoholismo.

- El único requisito para ser miembro de A.A. es el deseo de dejar la bebida. Para ser miembro de A.A. no se pagan honorarios ni cuotas; nos mantenemos con nuestras propias contribuciones.
- A.A. no está afiliada a ninguna secta, religión, partido político, organización o institución alguna; no desea intervenir en controversias; no respalda ni se opone a ninguna causa.
- Nuestro objetivo primordial es mantenernos sobrios y ayudar a otros alcohólicos a alcanzar el estado de sobriedad.

*Copyright © por A.A. Grapevine, Inc.;
reimpreso con permiso*

Copyright © 2017
por Alcoholics Anonymous World Services, Inc.

Todos los derechos reservados.

Primera impresión 2013.

Dirección Postal:
Box 459, Grand Central Station
New York, NY 10163

www.aa.org

Los cofundadores de Alcohólicos Anónimos

*Breves notas biográficas y
sus últimas charlas importantes*

El Dr. Bob

*“Sencillez, dedicación, constancia y lealtad:
éstas eran las características distintivas
del Dr. Bob, las cuales él ha inculcado
tan bien en muchos de nosotros”.*

Bill

ROBERT HOLBROOK SMITH, M.D.

1879 – 1950

El Dr. Bob nació el 8 de agosto de 1879 en St. Johnsbury, Vermont, hijo único del juez W.P. Smith y su señora, eminentes figuras de las actividades cívicas y sociales de esa ciudad. A pesar de rebelarse a menudo a la autoridad estricta de sus padres, “Rob”, como lo llamaban sus compañeros de clase, estaba bien dispuesto a trabajar diligentemente para lograr lo que verdaderamente deseaba; desde la edad de nueve años, ya sabía que quería ser médico.

En su adolescencia, pasaba parte de los veranos trabajando en una granja de Vermont y en un hotel de un centro de vacaciones en las montañas Adirondack. Aunque no le gustaba la escuela, era buen estudiante y se graduó de la Academia de St. Johnsbury en 1898.

Pasó cuatro años en Dartmouth College y se graduó en 1902. Durante esos años de universitario, el beber fue convirtiéndose en una actividad importante de su vida, pero en esa época él no se metió nunca en graves problemas a causa de la bebida.

Tres años más tarde, tras haber trabajado en diversos oficios en Boston y Montreal, se matriculó en la Universidad de Michigan en un curso de preparación para la carrera de medicina. Allí empezó a beber a un ritmo cada vez más acelerado y en su segundo año dejó temporalmente sus estudios en la universidad porque le parecía que no iba a poder aprobar el curso. Sin embargo, volvió, se presentó a los exámenes y los aprobó. En 1910, tras otra etapa de formación académica en el Rush Memorial College de Chicago, recibió su título de médico y empezó un internado en el Hospital Municipal de Akron, Ohio. Terminó su internado en 1912 y abrió una consulta en Akron en el edificio del Segundo Banco Nacional, y allí se quedó hasta jubilarse en 1948.

En 1915 se casó con Anne Ripley, a quien conoció cuando era estudiante en la Academia St. Johnsbury. Con el paso del tiempo, su alcoholismo iba empeorando constantemente, pero seguía siendo competente en su trabajo, y muy pocos de sus colegas se daban cuenta de lo grave que era su enfermedad.

Además de ser miembro del cuerpo médico del Hospital Municipal de Akron, solía hacer visitas en el Hospital Santo Tomás, también de Akron, donde en 1928 conoció por primera vez a la Hna. Ignacia. Más tarde, en 1934, se integró en el cuerpo médico del hospital.

Al principio de la década de los treinta, el Dr. Bob, buscando desesperadamente una solución a su problema, empezó a asistir a las reuniones del Grupo Oxford, porque le parecía que podía sacar provecho de su filosofía y enseñanzas espirituales. Aunque siguió bebiendo no dejó de participar en las actividades del grupo, debido principalmente al vivo interés que Anne tenía.

En mayo de 1935, como consecuencia de un encuentro con otro alcoholico, Bill Wilson, el Dr. Bob logró su sobriedad permanente y se fundó la Comunidad de Alcohólicos Anónimos. Según un cálculo estimado, el Dr. Bob, con la ayuda de la Hna. Ignacia, ayudó a unos 5,000 compañeros alcohólicos a recuperarse durante quince años de dedicarse a atenderlos cariñosamente.

¿Qué tipo de persona era el Dr. Bob? Según su hijo: “Era un hombre dinámico de mucho empuje, tenía mucha resistencia. Aunque a primera vista parecía una persona reservada y formal, al ir conociéndolo mejor, resultaba ser totalmente lo contrario, un hombre muy simpático, generoso y divertido — le encantaban los buenos chistes. En lo referente a A.A., intentaba asegurar que todas las decisiones que tomaba fueran en beneficio de toda la Comunidad, y nunca por interés propio. Nunca dejó de sentirse sorprendido de que tanta gente recurriera a él; le parecía que sólo había sido un agente de Dios y por lo tanto no se le debía atribuir a él el mérito de nada”.

Bob y Ann llevaban una vida sencilla. Lo único que él estaba orgulloso de “poseer” era su automóvil. Jugaba al bridge expertamente, siempre con intención de ganar. Era un lector ávido, y leía

al menos una hora cada noche de su vida adulta, “borracho o sobrio”. Era un aficionado al boxeo y acabó sucumbiendo a la televisión para poder ver los combates.

Tenía en muy alta estima tres conceptos. Uno era la sencillez — en su propia vida y en su forma de poner en práctica el programa de A.A. Otro era que creía que siempre se debe ser tolerante con las ideas de otras personas, y hablar con “bondad y consideración” para con los demás y vigilar ese “descarriado miembro que es la lengua”. Y creía que a todo miembro de A.A. el trabajo que le correspondía era el de “lograr su sobriedad y mantenerse sobrio” y “nunca llegar a sentirnos tan satisfechos de nosotros mismos que no estemos dispuestos a ayudar a nuestros hermanos menos afortunados”.

El Dr. Bob creía firmemente que los pilares de Alcohólicos Anónimos son “el amor y el servicio”. Murió de cáncer en el Hospital Municipal de Akron, el 16 de noviembre de 1950.

A continuación aparece la última charla del Dr. Bob, transcrita de una grabación hecha en Detroit, Michigan en diciembre de 1948. Se publicó por primera vez en el número de junio de 1973 del Grapevine y la reimprimimos aquí con el permiso de A.A. Grapevine, Inc.

En el verano de 1948, el Dr. Bob se vio aquejado de la enfermedad que se lo llevaría de nuestra compañía. En 1950, logró hacer acopio de todas sus fuerzas para participar brevemente en la primera Convención Internacional celebrada en Cleveland, Ohio. En esa ocasión recalcó la simplicidad de nuestro programa, diciendo: “...no lo echamos a perder con complejos freudianos y cosas que son de interés para la mente científica, pero que tienen poca relación con nuestro trabajo real de A.A.” Este mismo tema aparece en esta charla más larga.

AUNQUE muchos de ustedes ya han oído hablar de los comienzos de A.A. o han leído algo al respecto, probablemente hay quienes no lo hayan hecho. Hay cosas que aprender de esa

breve historia. Por lo tanto, incluso corriendo el riesgo de repetirla, me gustaría relatar exactamente lo que pasó en aquellos primeros días.

Tal vez recuerden la historia que Bill contó de haber tenido una experiencia espiritual y estar convencido de que era una magnífica idea intentar ayudar a otros borrachos. El tiempo iba pasando sin que él lograra convertir a nadie. Como decimos nosotros, ninguno cuajó. Seguía trabajando incansablemente sin la menor preocupación por su propio tiempo y las fuerzas que gastaba pero parecía que nadie lo podía captar.

Cuando vino a Akron por un asunto de negocios, el cual (tal vez para el bien de todos nosotros) resultó un fracaso total, se sintió tentado a beber. Caminaba de un lado a otro de la recepción del Hotel Mayflower preguntándose qué sería mejor: comprar dos botellas de ginebra y ser “rey por una noche”, como decía él, o no comprarlas. Por todo lo que había aprendido, creía que podría evitar meterse en dificultades si encontraba a otro alcohólico con quien trabajar.

Al ver en el tablón de anuncios situado en la recepción del Hotel Mayflower el nombre de nuestro buen amigo el reverendo Walter Tunks, Bill le llamó por teléfono y le pidió que le diera el nombre de un miembro local del Grupo Oxford, un grupo con el cual Bill ya tenía una afiliación, y por medio del cual había logrado su sobriedad. El Dr. Tunks le dijo que él mismo no era miembro del grupo, pero conocía a varios miembros y le dio a Bill una lista de nueve o diez personas.

Bill se puso a llamarlos, uno tras otro, sin tener ningún éxito. O acababan de irse de la ciudad o estaban a punto de irse o estaban celebrando una fiesta o les dolía un dedo del pie, o algo de esa índole. Sea como fuera, Bill casi llegó al final de la lista cuando vio el nombre de Henrietta Seiberling, nuestra buena amiga Henrietta. Llamó a Henry y le dijo exactamente lo que quería y ella le replicó: “Venga usted aquí. Le invito a almorzar conmigo”. Mientras los dos almorzaban él le contó su historia muy detalladamente, y ella al final le dijo “Conozco a un hombre que será ideal para sus propósitos”.

Henrietta corrió al teléfono y llamó a Anne para decirle que tenía con ella un hombre que

podría ser de gran ayuda para mí y deberíamos ir directamente a su casa. Y Anne dijo: “Pues, no creo que sería conveniente ir a verte hoy”. Pero Henry seguía insistiendo hasta tal punto que Anne se vio obligada a decirle que yo estaba borracho y sin capacidad para escuchar ninguna conversación, y sería necesario posponer la visita. Y Henry respondió que el día siguiente, domingo, era el Día de las Madres, y Anne le dijo que iríamos entonces.

No recuerdo haberme sentido nunca peor que ese día; pero tenía mucho cariño para con Henry, y Anne le había dicho que iríamos a visitarla. Así que nos pusimos en marcha. Primero le arranqué a Anne la promesa solemne de que no nos quedaríamos más de quince minutos. No quería hablar con ese tipo ni con nadie más, e iba a ser una visita muy breve, le dije. Pero en realidad lo que pasó es esto: Llegamos a las cinco de la tarde, y eran las 11:15 cuando nos fuimos.

Tal vez tu memoria te sirva suficientemente bien para llevarte a ciertas ocasiones en las que no te sentías muy bien. No habrías escuchado a nadie a no ser que tuviera algo muy interesante que decirte. Me di cuenta de que Bill *tenía* algo, así que pasé muchas horas escuchándolo, y dejé de beber inmediatamente.

Poco tiempo después de eso, hubo un congreso médico en Atlantic City y me entraron unas ganas de aprender increíbles. Tenía que aprender, decía yo, así que iría a Atlantic City y absorbería grandes conocimientos. Casualmente había adquirido una sed por whisky escocés, pero eso no lo mencioné. Fui a Atlantic City y agarré una buena borrachera. Cuando recobré el sentido, estaba en casa de un amigo nuestro en Cuyahoga Falls, una zona residencial a las afueras de Akron. Bill vino a recogerme y me llevó a casa y me dio un par de tragos de whisky esa noche y una cerveza a la mañana siguiente. Eso ocurrió el 10 de junio de 1935 y desde entonces no he vuelto a tomar alcohol de ninguna forma que yo sepa.

Lo interesante de todo esto no está en los detalles escabrosos sino en la situación en que los dos nos encontrábamos. Ambos habíamos estado asociados al grupo Oxford — Bill, desde hacía cinco meses, en la ciudad de Nueva York, y yo,

dos años y medio, en Akron. Bill ya tenía inculcada su idea de servicio. Yo no; pero había leído una cantidad inmensa de literatura recomendada por el grupo Oxford. Me había refrescado la memoria de las Sagradas Escrituras, y ya de niño había tenido una excelente educación en ese libro. Los de Oxford me habían dicho que yo debiera asistir a sus reuniones, y eso es lo que yo hacía, cada semana. Me decían que debiera afiliarme a una iglesia, y lo hicimos. Me decían que debiera cultivar la costumbre de rezar, y lo hice, al menos en un grado considerable para mí. Pero me emborrachaba todas las noches y eso lo digo literalmente. No me emborrachaba de vez en cuando, sino prácticamente todas las noches.

No sabía en qué me estaba equivocando. Había hecho todo lo que esa buena gente me decía que hiciera. Creía haberlo hecho de buena fe y con toda sinceridad. Y no obstante seguía bebiendo en exceso. Pero la cosa que no me habían dicho fue lo que Bill me dijo aquel domingo: tratar de ayudar a otra persona.

Inmediatamente nos pusimos a buscar a candidatos, y al poco tiempo apareció uno, un hombre ahora conocido por muchos de ustedes: Bill D., nuestro buen amigo de Akron. Yo ya sabía que Bill era superintendente de una escuela dominical, y me parecía muy probable que cada noche él se olvidara de más cosas de la Sagrada Escritura de las que yo hubiera llegado a saber en toda mi vida. ¿Quién era yo para decirle algo? Me hizo sentirme bastante hipócrita. No obstante, charlamos y estoy encantado de decirles que las palabras cayeron en terreno fértil.

Poco después nos cayeron como llovidos del cielo otros tres candidatos casi a la misma vez. Según lo veía yo, el espíritu de servicio era el elemento de principal importancia, pero me iba dando cuenta de la necesidad de apoyarlo y reforzarlo con algunos conocimientos sólidos del tema. Solía ir al hospital y quedarme allí de pie al lado de un candidato hablando y hablando. Muchas veces hablaba cinco o seis horas a un paciente tumbado en una cama. No me puedo explicar cómo él podía haberme soportado tanto tiempo. Pero me soportó. Tal vez le habíamos escondido la ropa. En cualquier caso, me di cuen-

ta de no saber mucho de lo que estaba hablando. Somos los administradores de lo que tenemos, y nuestro tiempo es parte de esto. No estaba administrando bien el tiempo que tenía si me costaba seis horas decir algo que podría haber dicho en una hora, *si* hubiera sabido de lo que estaba hablando. Huelga decir que no era yo un individuo muy eficiente.

Soy algo alérgico al trabajo, pero me parecía que debería aumentar mi familiaridad con las Sagradas Escrituras y también leer mucho de la literatura básica sobre el tema del alcoholismo, posiblemente del tipo científico. Así que cultivé el hábito de la lectura. No creo que sea exagerado decir que como promedio he leído una hora al día durante los quince últimos años. (No estoy tratando de convencerles de que sea necesario leer una hora cada día. Hay muchas personas, buenos miembros de A.A., que no leen mucho.)

En esos días, andábamos a tientas. No sabíamos casi nada acerca del alcoholismo. Yo, que soy médico, sabía muy poco del asunto. Había leído cosas sobre el tema, pero en esos libros de texto no había nada que valiera la pena leer. En general, la información consistía en algún tratamiento raro para delirium tremens, si el paciente había llegado a tal extremo. Si no, le recetabas alguna fórmula tradicional y le echabas un buen sermón.

En los primeros días de A.A., llegamos a estar convencidos de que el programa espiritual estaría perfectamente bien si pudiéramos complementar el plan del Señor con un suplemento dietético. Bill D., que tenía graves problemas de estómago, se dio cuenta por casualidad de que se sentía mucho mejor cuando comía chucrut y tomates fríos. Nos pareció que Bill debería compartir esa experiencia. Claro que con el tiempo llegamos a descubrir que las restricciones dietéticas tenían muy poco que ver con el mantenimiento de la sobriedad.

En esa coyuntura, no teníamos muchas cosas que contar. Al empezar a trabajar con Bill D., no teníamos los Pasos ni tampoco las Tradiciones.

Pero estábamos convencidos de que la solución a nuestro problema se encontraba en la Biblia. A algunos de nosotros, los más viejos, las partes que nos parecían absolutamente esenciales eran el Sermón de la Montaña, el capítulo trece de la

Primera Epístola a los Corintios y la Epístola de Santiago.

Celebrábamos reuniones cada día en la casa de un amigo. Todo esto sucedió en una época en la que todos estábamos pelados, totalmente arruinados. Es probable que nos fuera más fácil tener éxito cuando estábamos sin un céntimo que si hubiéramos tenido cada uno un buen saldo en nuestra cuenta corriente. Éramos, cada uno de nosotros, tan dolorosamente pobres que... pues no es muy agradable recordarlo. No pudimos hacer nada al respecto. Pero ahora creo que nuestra situación económica en aquel entonces fue de hecho providencial.

Hasta 1940, o tal vez hasta principios de 1941, hacíamos las reuniones de Akron en la casa de ese buen amigo que no nos gritó por rayar las paredes y los quicios de las puertas al ir subiendo y bajando las escaleras arrastrando las sillas. Y tenía una casa preciosa. Y luego llegamos a ser demasiados para ese espacio y alquilamos el auditorio de la escuela King, y el grupo a cuyas reuniones asisto ha seguido desde entonces en ese lugar. Tratamos de hacer buenas reuniones y creo que, la gran mayoría de las veces, logramos hacerlo.

Pero todas las enseñanzas y los estudios y los trabajos de esos primeros días no llegaron a cristalizarse hasta 1938 en forma de los Doce Pasos. No escribí los Doce Pasos. No tuve nada que ver con la redacción. Pero no obstante creo que yo, de manera indirecta, tenía algo que ver con la composición de los Pasos. Después de mi episodio del 10 de junio, Bill vino a vivir en nuestra casa y allí se quedó tres meses. Casi todas las noches, sentados a la mesa de nuestra cocina, nos quedábamos hablando hasta las dos o la tres. Me sería difícil imaginar que, durante esas conversaciones de cada noche, no dijera yo nada que no influyera en la redacción de los Doce Pasos. Ya teníamos las ideas básicas, aunque no en forma clara, concreta y concisa. Las sacamos de nuestra lectura de las Sagradas Escrituras. *Debíamos* de haberlas tenido. Desde aquel entonces hemos aprendido por experiencia que estas ideas son muy importantes para mantener la sobriedad. *Nos estábamos* manteniendo sobrios — y por lo tanto, debíamos de haberlas tenido.

Pues así comenzamos en Akron. A medida que íbamos creciendo, comenzamos a echar brotes, uno en Cleveland y otro más en Akron, y todos siguen existiendo. Me da una gran satisfacción creer que yo pude haber aportado mi granito de arena para poner esta cosa en marcha. Tal vez dé demasiado por sentado. No sé. Pero creo que yo simplemente servía como agente de Dios. No soy nada diferente de cualquiera de ustedes, aparte de haber tenido un poco más suerte. Este mensaje me llegó hace trece años y medio, y algunos de ustedes tuvieron que esperar más tiempo.

Solía ponerme un poco irritado con nuestro Padre Celestial por haber tardado tanto tiempo en mi caso. Me parecía que yo había estado listo para recibir el mensaje mucho antes de que Él me lo entregara. Y esto me hacía sentir infinitamente molesto. Pues, tal vez Él sepa más que yo. Pero yo estaba seguro de que habría estado encantado de recibir *cualquier cosa* que hubiera podido producir en mí la sobriedad que creía querer tan desesperadamente. Y yo también de vez en cuando tenía dudas al respecto. Acudía a mi buena amiga Henry y le decía, “¿Crees tú que yo quiero dejar la bebida?”

Y ella, alma bondadosa que era, me respondía: “Sí, Bob, estoy segura de que quieres dejarla”.

Y yo le decía: “Pues, me es imposible concebir un ser humano tan deseoso de hacer algo, como yo creo estar, por dejar la bebida, y que fuera no obstante un fracaso total. Henry, creo que soy uno de los que se contentan con *querer quererlo*”.

Y me respondía ella: “No, Bob, creo que lo quieres. Pero aún no has encontrado una forma de hacerlo”.

El hecho de haber mantenido mi sobriedad trece años y medio sin interrupción no me permite creer que estoy necesariamente a una distancia mayor de mi próximo trago que cualquiera de ustedes. Sigo siendo humano y todavía creo que un whisky doble sabría a gloria. Si no tuviera para mí consecuencias desastrosas, puede que lo probara. No sé. No veo por qué creer que el sabor fuera diferente — pero tampoco puedo alegar una razón legítima para creer que las consecuencias fueran diferentes de las de siempre. Siempre han sido las mismas. Siempre acababa con grandes

dificultades. No quiero pagar esa cuenta porque es muy cara. Siempre lo ha sido y creo que hoy sería aun más cara debido a todo lo acontecido en mi vida durante los trece años pasados. Me falta práctica y no creo que pueda aguantar mucho. Me estoy divirtiendo muchísimo ahora y no quiero ver caer el telón, ni siquiera por los “placeres” del alcohol. No, no voy a hacerlo, y nunca lo haré siempre que haga las cosas que debo hacer, y ya sé cuáles son estas cosas. Así que, si algún día me emborrachara, no tendría a nadie a quien culpar más que a mí mismo.

Tal vez no lo haría con alevosía, pero sería sin duda la consecuencia de una extremada negligencia o indiferencia.

Dije que soy humano, y de vez en cuando me pongo a pensar que este hombre, Bob, es bastante listo. Tiene dominado este problema con la bebida —lo ha probado y demostrado— y hace más de trece años que no se ha tomado un trago. Probablemente podría tomarse un par de tragos sin que nadie lo supiera. Créanme que no estoy bromeando. Tales ideas pasan de vez en cuando por mi mente. Y en cuanto pasan, yo sé exactamente lo que ha sucedido.

En Akron tenemos la muy buena suerte de contar con un buen arreglo de tratamiento con el Hospital Santo Tomás. El pabellón tiene, en teoría, cabida para siete alcohólicos, pero la buena Sor Ignacia se las arregla para aumentar un poco el espacio. Suele tener a otros dos acampados en algún que otro rincón. En cuanto entra en mi cabeza la idea de que podría tomarme un par de tragos sin problemas, me digo: “Cuidado, cuidado. Y ¿cómo están ahora los muchachos del pabellón? Los has ignorado estos últimos días. Más vale que vuelvas al trabajo, hombre, antes de meterte en líos”. Y voy en seguida al pabellón y soy mucho más solícito que lo era antes de tener esa rara idea. Pero no obstante, la tengo de vez en cuando y es probable que la vuelva a tener siempre que se descuide mis visitas a los muchachos del pabellón.

Cuando los ignoraba, estaba pensando más en Bob que en los residentes del pabellón. No estaba siendo yo muy cariñoso. Estos muchachos habían ingresado en el pabellón indicando así su deseo

de buscar ayuda, y yo estaba demasiado ocupado como para darles de mi tiempo, como si fueran mendigando por las calles. ¿No quieres tener que tratar con este tipo? Dale diez centavos y te libras de él — es muy fácil así. Incluso le puedes dar veinticinco centavos — no porque le tienes cariño, sino sólo para que deje de molestarte, que se vaya. Ninguna generosidad, nada de amor en esa transacción.

Creo que el servicio en A.A. que más cuenta es dar de ti mismo, y esto casi siempre supone tiempo y energía. No es cuestión simplemente de echar sigilosamente unas cuantas monedas en la canasta. Eso se necesita, pero dar dinero no supone un gran esfuerzo en estos días, cuando la mayoría de la gente vive pasablemente bien. No creo que esta forma de dar pudiera mantener sobrio a nadie. Pero dar de nosotros, de nuestra energía, y de nuestro tiempo es un asunto muy diferente. Y creo que ésta es la lección que Bill aprendió en Nueva York y que yo no llegué a aprender en Akron hasta que Bill y yo nos conocimos.

Los cuatro principios absolutos, como los llamábamos, eran los únicos criterios que teníamos en los primeros días, antes de contar con los Pasos. Creo que los principios absolutos todavía tienen validez y pueden ser de gran utilidad. Sucede que a veces se me presenta un problema, y quiero hacer lo correcto, pero la apropiada respuesta no me resulta obvia. Si para evaluar mis opciones, hago uso de la honradez absoluta, la generosidad absoluta, la pureza absoluta y el amor absoluto como criterios, y la decisión así tomada me parece bastante justa, mi respuesta casi siempre debe de ser más o menos correcta. Pero si lo hago de esa manera y no me quedo satisfecho con la respuesta, suelo consultar con un amigo cuyo criterio, en este caso concreto, sería mucho mejor que el mío. Pero por lo general, los cuatro absolutos te pueden ayudar a llegar a tomar tu propia decisión sin tener que molestar a tus amigos.

Supongamos que nos resulta difícil dar el Primer Paso; no podemos ser lo suficientemente sinceros como para reconocer que el alcohol nos tiene derrotados. Entra aquí en juego una falta de pureza absoluta — pureza de ideas, pureza de

motivos. En la generosidad absoluta se incluye el tipo de servicio de lo que he estado hablando: no es cuestión de dar diez o veinticinco céntimos al mendigo, sino de dar auténticamente de ti mismo.

Como bien sabrán ustedes, el amor absoluto tiene incorporado en sí todo lo demás. Creo que es muy difícil tener el amor absoluto. No creo que nadie de entre nosotros lo consiga tener nunca, pero esto no quiere decir que no debemos *tratar* de tenerlo. Me resultaba extremadamente difícil amar a mi prójimo. No le tenía aversión pero tampoco lo amaba. A no ser que tuviera un motivo particular para preocuparme por él, me dejaba perfectamente indiferente. Estaba bien dispuesto a hacer por él una pequeña cosa *si* no me supusiera un gran esfuerzo. No le causaría nunca ningún daño. Pero ¿amarlo? Durante mucho tiempo simplemente no lo podía hacer.

Creo que logré superar este problema hasta cierto grado cuando me vi forzado a hacerlo, porque o bien tenía que amar a este hombre o esforzarme por ayudarlo, o lo más probable es que yo volviera a beber. Seguramente podrías decir que esto no era más que puro egoísmo, y tendrías razón. Era egoísta hasta el punto de no querer ver a Bob lastimado; así que para evitar ver a Bob herido, hacía lo que podía para ayudar a mi prójimo. Puedes hacer los argumentos que quieras, pero sigue siendo un hecho real el que el individuo corriente nunca conseguirá el amor absoluto. Supongo que hay algunos que se aproximan. Pero son muy contados. Y no digo esto con intención despectiva. Tengo algunos amigos maravillosos. Pero me refiero a los aspectos finales del amor absoluto y, en particular, en la forma en que se aplica a A.A.

No creo que podamos llegar a hacer nada bien en este mundo si no lo practicamos. Y no creo que tengamos éxito en A.A. a no ser que practiquemos sus principios. Los individuos que ganan los premios mundiales en competiciones atléticas son quienes practican, han venido practicando muchos años, y todavía tienen que practicar. Para hacer un buen trabajo en A.A. hay unas cuantas cosas que debemos hacer. Debemos, como ya he dicho, practicar para cultivar el espíritu de servicio. Debemos intentar adquirir la fe en algún

grado, lo cual no es fácil de hacer, especialmente para quienes siempre han sido muy materialistas, conforme con el patrón de comportamiento de la sociedad moderna. Pero creo que se puede adquirir la fe; se puede adquirir lentamente; hay que cultivarla. No me fue fácil hacerlo; y supongo que les es difícil hacerlo a todos los demás.

Otra cosa que fue difícil para mí (y creo que aún sigo teniendo problemas en este respecto) fue el asunto de la tolerancia. Todos somos propensos a tener mentes cerradas, bastante bien cerradas. Esta es una de las razones por las que a mucha gente nuestras enseñanzas espirituales les parecen difíciles de seguir. No *quieren* saber mucho del asunto, por diversas razones personales, como, por ejemplo, el temor de que se les considere afeminados. Pero es muy importante que adquiramos la tolerancia para con las ideas de otras personas. Creo que ahora tengo más tolerancia que antes, pero aún no lo suficiente. Si alguien me contradice, soy propenso a hacer un comentario muy sarcástico. Esto lo he hecho multitud de veces, muy a mi pesar. Y entonces, más tarde, llego a darme cuenta de que ese hombre sabía mucho más que yo del asunto. Habría sido infinitamente mejor si me hubiera callado.

Otra cosa que no tenemos en abundancia es el sentimiento de humildad. No me refiero a la falsa humildad de Uriah Heep de la novela de Dickens. No me refiero a la humildad estilo felpudo. Nadie tiene derecho a zarandearnos o mangonearnos. Nos debemos alzar en defensa de nuestros derechos. Me refiero a la actitud que todos debemos tener para con nuestro Padre Celestial. Jesucristo dijo: "Por mí mismo no soy nada — mi fortaleza me viene de mi Padre celestial". Si Él tenía que decirlo, ¿qué tenemos que decir nosotros? ¿Lo dijiste tú? ¿Lo dije yo? No. Esto es precisamente lo que no dijimos. Más inclinados estuvimos a decir: "Mírenme a mí, muchachos. Lo he hecho bien, ¿no?" No tuvimos humildad alguna, ni el menor reconocimiento de haber recibido nada por la gracia de nuestro Padre Celestial.

No creo tener el derecho de enorgullecerme por haber logrado la sobriedad. Sólo por la gracia de Dios lo pude lograr. Puedo sentirme muy agradecido por haberseme concedido el privilegio

de hacerlo. Puedo haber contribuido en cierto grado a lograrlo con alguna actividad, pero fundamentalmente, lo logré únicamente por la bondad de Dios. Si la fortaleza que tengo proviene de Él, ¿quién soy yo para engreírme? Lo apropiado es tener una actitud muy humilde para con la fuente de mi fortaleza; no debo dejar nunca de sentirme agradecido por las bendiciones que me lleguen. Y ya me han llegado muchas.

Ya saben, en lo que se refiere al propósito final de todos nosotros, no hay mucha diferencia entre que estemos bebiendo o que estemos sobrios. En ambos casos, buscamos la misma cosa, o sea, la felicidad. Buscamos la tranquilidad de espíritu. Para nosotros, los alcohólicos, el problema estaba en que exigíamos al mundo que nos diera tranquilidad y felicidad exactamente tal como las queríamos alcanzar: por la ruta del alcohol. Y no tuvimos éxito. Pero cuando nos esforzamos por enterarnos de las leyes espirituales, para familiarizarnos con estas leyes y ponerlas en práctica, entonces encontramos la felicidad y la tranquilidad de espíritu. Me siento extremadamente agradecido de que nuestro Padre Celestial me haya permitido disfrutarlas. Cualquiera que las desee puede tenerlas. Parece haber ciertas reglas que tenemos que seguir, pero la felicidad y la tranquilidad siempre están aquí, accesibles y libres para todos. Y este es el mensaje que podemos comunicar a nuestros compañeros alcohólicos.

Ya sabemos lo que A.A. ha logrado durante los pasados trece años, pero ¿de aquí a dónde vamos? Creo que según un cálculo a la baja, contamos ahora con 70,000 miembros*. ¿Va a seguir aumentando este número? Pues eso dependerá de cada miembro de A.A. Es posible que sigamos o que no sigamos creciendo, según lo decidamos. Si nos mantenemos alejados de embrollarnos en alianzas, y de meternos en asuntos polémicos (religiosos, políticos) si nos mantenemos unidos por medio de nuestras oficinas centrales y preservamos la sencillez de nuestro programa, si tenemos siempre presente que lo que nos corres-

**En 2017 A.A., cuenta con más de dos millones de miembros a nivel mundial*

ponde es lograr y mantener la sobriedad y ayudar a nuestros hermanos menos afortunados a hacer lo mismo, seguiremos creciendo, progresando y prosperando.

Se pueden encontrar otros más detallados materiales biográficos acerca de los cofundadores de A.A. en los libros: *Alcohólicos Anónimos*, *Alcohólicos Anónimos llega a su mayoría de edad*, *El Dr. Bob y los buenos veteranos*, y *“Transmítelo”: la historia de Bill Wilson y de cómo llegó al mundo el mensaje de A.A.*, y en dos números conmemorativos de A.A. Grapevine — el del Dr. Bob, enero de 1951 y el de Bill en marzo de 1971.

LOS DOCE PASOS DE ALCOHÓLICOS ANÓNIMOS

1. Admitimos que éramos impotentes ante el alcohol, que nuestras vidas se habían vuelto ingobernables.

2. Llegamos a creer que un Poder superior a nosotros mismos podría devolvernos el sano juicio.

3. Decidimos poner nuestras voluntades y nuestras vidas al cuidado de Dios, *como nosotros lo concebimos*.

4. Sin temor, hicimos un minucioso inventario moral de nosotros mismos.

5. Admitimos ante Dios, ante nosotros mismos, y ante otro ser humano, la naturaleza exacta de nuestros defectos.

6. Estuvimos enteramente dispuestos a dejar que Dios nos liberase de todos estos defectos de carácter.

7. Humildemente le pedimos que nos liberase de nuestros defectos.

8. Hicimos una lista de todas aquellas personas a quienes habíamos ofendido y estuvimos dispuestos a reparar el daño que les causamos.

9. Reparamos directamente a cuantos nos fue posible, el daño causado, excepto cuando el hacerlo implicaba perjuicio para ellos o para otros.

10. Continuamos haciendo nuestro inventario personal y cuando nos equivocábamos lo admitíamos inmediatamente.

11. Buscamos, a través de la oración y la meditación, mejorar nuestro contacto consciente con Dios, *como nosotros lo concebimos*, pidiéndole solamente que nos dejase conocer su voluntad para con nosotros y nos diese la fortaleza para cumplirla.

12. Habiendo obtenido un despertar espiritual como resultado de estos pasos, tratamos de llevar este mensaje a otros alcohólicos y de practicar estos principios en todos nuestros asuntos.

Bill W.

*“...Hace cinco años te conocí, Bill...
No lo olvidaré nunca ni dejaré
de sentirme agradecido.”*

El Dr. Bob (1940)

WILLIAM GRIFFITH WILSON
1985 – 1971

Bill nació en East Dorset, Vermont, el 26 de noviembre de 1895, único hijo de Emily y Gilman Barrows Wilson. Su formación escolar empezó en una escuela de dos salas de East Dorset y luego en Rutland, donde su padre había asumido la dirección de una cantera de mármol. Después asistió al Seminario Burr y Barton en Manchester y luego al instituto de enseñanza secundaria de Arlington, Massachusetts.

En 1914 se matriculó en la Universidad Norwich, una escuela militar de Vermont, y completó tres años de un curso de ingeniería eléctrica. En ese punto se vio imposibilitado de seguir con sus estudios debido al estallido de la Primera Guerra Mundial. Tras la instrucción militar, salió como oficial del ejército con el grado de subteniente y sirvió en Francia con el 66° Cuerpo de Artillería. Durante este período de su servicio militar Bill empezó a beber con consecuencias desastrosas casi inmediatas.

Bill se casó con Lois Burnham, de Brooklyn, Nueva York, el 24 de enero de 1918, justo antes de empezar su servicio militar activo.

Al volver a casa después del Armisticio trabajó un corto período en el departamento de seguros del Ferrocarril Central de Nueva York. Desde 1921 hasta 1925 trabajó como investigador para la Compañía U.S. Fidelity y Guaranty en la ciudad de Nueva York y completó un curso de Leyes de tres años en clases nocturnas de la Facultad de Derecho de Brooklyn.

En 1925 empezó a trabajar como investigador para varios grupos con intereses económicos. Sus informes sobre propiedades industriales y su administración servían de base para inversiones sustanciales y compromisos especulativos en los que Bill solía tener una participación.

No obstante, para 1931, su forma de beber había llegado a ser un gran problema. A pesar de

los esfuerzos de Lois y la multitud de promesas y juramentos que Bill le hacía a Lois y a sus socios, la compulsión por beber era demasiado fuerte. En los tres años siguientes, lo que había prometido ser una carrera brillante en la Bolsa se fue deteriorando precipitadamente.

En noviembre de 1934, un viejo amigo suyo, Ebby, le explicó la forma en que el Grupo Oxford a veces había podido ayudar a los alcohólicos. El mismo Ebby era un ejemplo reciente. En el Hospital Towns, un mes más tarde, Bill, reflexionando sobre el mensaje de Ebby y totalmente desesperado, pidió ayuda a gritos. Bill ha descrito lo que le sucedió en ese momento como una tremenda y abrumadora experiencia espiritual, que le llevó una repentina convicción de estar liberado de la bebida y una clara intuición de que podría mantener su propia sobriedad ayudando a otros alcohólicos.

Durante los seis meses siguientes, mientras asistía a las reuniones del Grupo Oxford, Bill trató de ayudar a muchos alcohólicos a lograr la sobriedad, sin éxito alguno. En mayo de 1935, en un viaje de negocios a Akron, Ohio, conoció al Dr. Bob, quien fue el segundo en recuperarse y con esto nació Alcohólicos Anónimos.

Bill pasó treinta y seis años sirviendo a la Comunidad y durante este período, con la ayuda de otros pioneros, formuló el programa de recuperación de A.A., codificó unas Tradiciones, basándose en los diez primeros años de experiencia de los grupos, escribió cuatro libros para el movimiento y publicó muchos artículos acerca de A.A. en revistas y periódicos internos y externos. Habló frecuentemente ante sociedades médicas, psiquiátricas y religiosas y dio testimonios (en sesiones cerradas) ante diversas comisiones estatales y federales sobre el alcoholismo. Durante toda su vida rechazó honores públicos, dando así un ejemplo para toda la Comunidad.

Gran parte de su vida de A.A., la dedicó a construir una sólida estructura para la Comunidad, primero, en 1938, ayudando a establecer una junta de custodios. Tras la redacción y publicación de *Alcohólicos Anónimos* (el Libro Grande) en 1939, se puso enérgicamente a montar una casa editorial y una oficina de servicio para el

movimiento emergente.

Según iba creciendo A.A., Bill iba dándose cuenta de la necesidad de convocar una conferencia de delegados cuya función fuera la de servir como vínculo permanente entre los grupos y su principal junta de servicio. Dicha conferencia se inició en 1951. En 1955, tras un período de prueba, al haberse demostrado la eficacia de la estructura de la Conferencia, Bill dejó su cargo de dirección activa, pero se mantenía fuertemente interesado en ver realizados ciertos cambios estructurales que él creía necesarios. En la última década de su vida se dedicó principalmente a actividades no A.A.

Toda su vida, Bill, al igual que el Dr. Bob, sentía una especial identificación y un profundo cariño para con la gente de Vermont; Lois y él volvían frecuentemente allí para hacer una renovación espiritual. Narrador habilidoso y cautivador, Bill disfrutaba contando a sus amigos entretenidas anécdotas de sus años de infancia y juventud.

Bill murió de pulmonía en Miami Beach, Florida, el 24 de enero de 1971. Parece apropiado que su tumba se encuentre dentro de la sombra de la montaña de Vermont que tanto amaba de niño.

Lo que aparece a continuación es una transcripción revisada de la sección final de la última charla importante de A.A. dada por Bill W. Fue transcrita de una grabación hecha el 11 de octubre de 1969, fecha de la celebración del 35º aniversario de la sobriedad de Bill, en una cena patrocinada por la Asociación Intergrupala de Nueva York en el Hotel New York Hilton. Aunque habló brevemente ante otros grupos más tarde —incluyendo ante la Convención Internacional de 1970 en Miami— ese fue su último discurso largo en una reunión de A.A.

La primera parte de la charla trata de los orígenes y primeros años de A.A. La sección que sigue trata, principalmente, de la formulación y desarrollo de las Doce Tradiciones de A.A.

LOS DOCE PASOS de A.A. fueron escritos en 1938. Pronto nos dimos cuenta de que si, como individuos, no cumplíamos voluntariamente y lo mejor posible con nuestros Doce Pasos, nos emborrachábamos. Un grupo se deshizo y los miembros que seguían los Pasos se pusieron a formar otros grupos. Así que por debajo de la estructura de A.A. se encontraba el horroroso imperativo de Don Alcohol quien, efectivamente, nos prometía la muerte o la locura si no seguíamos nuestros principios. Pasado un tiempo empezamos a darnos cuenta de que estos sencillos Pasos eran acertados porque nos daban los resultados deseados. Y finalmente, según íbamos desarrollándonos espiritualmente, algunos de nosotros llegamos a amar estos principios por ellos mismos y por nosotros mismos.

En el año 1939, había unos cien miembros de A.A. y se publicó el Libro Grande. Para 1940, debido a un aumento rápido, había ya 2,000 miembros. Y el año siguiente apareció el artículo de Jack Alexander en *The Saturday Evening Post*. Jack nos visitó y pasó un mes entero con nosotros, creyendo al comienzo que estaba investigando otro fraude. Pero Jack se dio cuenta rápidamente de que no era así y no tardó mucho en captar lo esencial de A.A. Su reportaje apareció en el número de marzo de 1941 del *Post*.

Y con esto empezó el pandemonio. La caja postal de nuestra pequeña oficina en la ciudad de Nueva York se vio literalmente inundada con un diluvio de cartas desesperadas: “¿Dónde puedo encontrar A.A.? ¿Qué puedo hacer?” Las cartas nos llegaban de familias de alcohólicos, de médicos y a veces de los borrachos mismos. Como consecuencia tuvimos que escribir cartas a toda esa gente —una respuesta personal a cada persona— no cartas circulares. Mientras tanto, nos comunicamos con nuestros grupos ya existentes y les dimos listas de posibles candidatos residentes en pueblos de todas partes de los Estados Unidos y Canadá. Así que A.A. se fue desarrollando enérgicamente entre los años 1940 y 1945.

Entonces, el desarrollo de A.A. sufrió un fuerte contragolpe a causa de las graves dificultades por las que muchos de nuestros grupos nuevos estaban pasando. Sin experiencia colectiva con

qué contar, estos grupos seguían trabajando solos sin más apoyo que su Libro Grande y alguna carta o llamada de nuestra oficina. ¡Ay, los líos que se armaron! Sucedió de todo, salvo un asesinato. Naturalmente, los grupos empezaron a enviar cartas para informarnos de sus dificultades a nuestra oficina de Nueva York, donde para responder a todas las demandas incorporamos al personal, hasta entonces compuesto de una sola muchacha que me ayudaba, otras dos personas.

Las preguntas se iban amontonando. ¿Podríamos funcionar solamente como grupos, o como grupos organizados según ciudad, área, o país? ¿Sería posible difundir el mensaje a nivel internacional? ¿Podríamos superar las barreras del lenguaje y de la cultura? Y aun, en aquel entonces, veíamos a miembros de A.A. ambiciosos que deseaban asociarnos con otras empresas. Otros, que querían ayudar a los borrachos a lograr la sobriedad, se convertían en terapeutas profesionales y cobraban una tarifa por sesión. Y otros más, creían que tal vez debiéramos formar causa común con los prohibicionistas — no muchos, pero algunos.

Hasta ese entonces, los pioneros como yo y el Dr. Bob y los miembros de los grupos ya existentes servíamos como los líderes reconocidos dirigiendo los asuntos de la Comunidad. Pero al estallar ese alboroto, nosotros, los pioneros empezamos a aprender algunas lecciones del creciente movimiento: lo que podía y no podía tolerar; lo que funcionaría y lo que no iba a funcionar. Así que, dejé de ser maestro para los A.A. y llegué a ser estudiante de la Comunidad.

Empezamos a buscar respuestas a algunas de estas preguntas. Llegamos a la conclusión de que necesitábamos editar una publicación que pudiera comunicar a *todos* los grupos los éxitos que muchos ya habían tenido. Al comienzo mimeografiamos estas noticias. Luego, a partir de 1944, las publicamos en Grapevine.

En aquel entonces teníamos *Las Tradiciones de A.A.* en su forma larga. Poco tiempo más tarde las acortamos y las condensamos. Estas Tradiciones son los principios por los que la Comunidad de A.A. vive, y los principios que, en mi humilde opinión, garantizarán su supervivencia, incluso en este mundo peligroso.

La *Primera Tradición* tiene que ver con nuestro bienestar general porque hemos llegado a darnos clarísima cuenta de que nuestro bienestar general tiene prioridad absoluta. Por muy importante que sea el individuo, *tenemos* que anteponer el bienestar común a todo; si no lo hiciéramos así, ningún individuo podría sobrevivir — de esto no cabía la menor duda.

Número *Dos*. Los miembros de la Comunidad llegaron a la conclusión de que los pioneros no íbamos a poder dirigir los asuntos de A.A. para siempre. Los miembros más recién llegados iban a asumir la responsabilidad de sus propios asuntos, primero al nivel de grupo y tal vez algún día a nivel nacional, nivel al que funcionaba la junta fideicomisaria que habíamos establecido, instalada en su oficina en Nueva York. Se oía hablar del “servidor de confianza”. El servidor de confianza no era una criada ni un autómatas sin rostro; pero tampoco era un jefe. Era un líder de buen criterio y confianza, y nada más.

Entonces —número *Tres*— se planteó la cuestión de cómo ser miembro. Si miras en un ejemplar de una de las primeras tiradas del Libro Grande,* ves que se expresaba una gran preocupación de vernos inundados con más gente de la que pudiéramos atender. Ese fue el espectro de un temor. De verdad, lo que temíamos era ver presentarse a todo tipo de “indeseables” — no solamente los “alcohólicos puros”, sino gente con “complicaciones”. ¿No teníamos una reputación que cuidar? Creíamos erróneamente que teníamos discreción para aceptar y rechazar. Pues, después de la primera tirada eliminamos esa sección del libro porque veíamos a gente de toda clase y condición llegar a nuestras puertas y nuestra experiencia nos indicó que A.A. le daba buenos resultados a casi todos.

Por ejemplo, un hombre vino a hablar con el Dr. Bob. “Soy alcohólico; esta es mi historia. Pero tengo también otra ‘complicación’. ¿Puedo hacerme miembro de A.A.?” Bob consultó con los demás decanos mientras ese pobre hombre esperaba.

**En el prólogo a la primera edición del libro se hace mención de “la cantidad abrumadora de solicitudes personales que esta publicación puede ocasionar.”*

Finalmente, los ancianos autonometrados se reunieron en una especie de audiencia. Me acuerdo de lo contundente que era el argumento del Dr. Bob. Nos recordó que la mayoría de nosotros éramos cristianos practicantes. Luego preguntó: “¿Qué pensaría el Maestro? ¿Habría rechazado a este hombre?” Con esto les tenía convencidos. El hombre se hizo miembro y resultó ser un trabajador prodigioso y uno de nuestros más respetados miembros.

Así que de experiencias como ésta nació nuestra *Tercera Tradición*: cualquier persona que tiene un problema con la bebida —si él lo dice— tiene derecho a unirse a A.A. y nadie puede quitarle ese derecho. Ésta es realmente una situación muy irónica — esta inmensa libertad que surge de graves sufrimientos y esclavitud de la botella.

La siguiente es la autonomía del grupo: la *Cuarta Tradición*. “Autonomía” es una palabra algo rebuscada; pero simplemente quiere decir que cada grupo de A.A. puede llevar sus asuntos como más le convenga. La única cosa que no puede hacer es comportarse de una manera que sea claramente perjudicial a otros miembros. Pero no pueden ser obligados a creer nada, ni pagar nada y pueden llevar sus asuntos como mejor les parezca con tal que no se afilien a otra causa. Esto es autonomía.

Supongo que fue natural que mucha gente preguntara por qué los principios de A.A. no se podrían aplicar a otras muchas cosas. ¿Por qué no meternos en asuntos de reforma social? ¿Por qué no entrar en el campo general de la terapia para alcohólicos con nuestros conocimientos prácticos? De hecho, la Fundación original, ahora convertida en nuestra Junta de Servicios Generales, en su carta constitutiva fue autorizada para hacer todo lo que se pudiera imaginar respecto al alcohol, aparte de ejercer presión política para su prohibición.

Todo esto desapareció súbitamente cuando nos dimos cuenta de que podríamos evitar un montón de dificultades si nos aferrábamos exclusivamente a nuestro objetivo primordial: llevar el mensaje al alcohólico que aún sufre. No llegamos aquí por nuestra propia virtud. Fue surgiendo de nuestros sufrimientos y nuestras experiencias

personales y nuestra propia liberación de esta enfermedad desconcertante, y por ello *tenía* que ser nuestro objetivo primordial. Este es el mensaje fundamental de la *Quinta Tradición*.

Entonces tuvimos que considerar la cuestión que se presenta en la *Sexta Tradición* de cómo relacionarnos con el campo ya en desarrollo del tratamiento para los alcohólicos. Pasamos años resolviendo ese debate. La solución fue, en una sola palabra, “cooperación” — o sea, esforzarnos por ayudar sin promover o recomendar directamente en nombre de A.A. Nos parecía posible que algunos miembros de A.A. desearían —y como *ciudadanos privados* deberían— afiliarse a estas empresas para que dichas entidades pudieran sacar provecho de nuestros conocimientos y experiencias, con tal que no emplearan el nombre de A.A. públicamente para reunir fondos o dar la impresión de tener el respaldo de A.A.

La *Séptima Tradición* de automantenimiento tiene una larga historia. El automantenimiento es, en esencia, el concepto de responsabilidad madura. Esperamos poder llegar a ser adultos independientes en A.A. Hemos asumido esta responsabilidad, *estamos* cubriendo nuestros propios gastos; y firmemente rechazamos toda contribución de fuentes ajenas a A.A.

La *Octava Tradición* nos plantea la cuestión del profesionalismo, un asunto de gran envergadura. ¿Puede un miembro de A.A. cobrar dinero por sus servicios *como miembro de A.A.*? Desde los primeros días, esto se criticaba a gritos. Algunos nos hemos hecho consejeros, otros somos dueños de granjas de recuperación. Hemos visto que este tipo de actividad puede dar buenos resultados con tal de que ofrezca un servicio legítimo que no es un trabajo de A.A. Por ejemplo, hemos hecho mucho trabajo de A.A. sin recibir pago alguno, pero *sí* me pagan por ser autor. La gente que trabaja en la Oficina de Servicios Generales no recibe pago por tratamiento o terapia personal e individual, sino por el uso de sus aptitudes para llevar el mensaje a A.A. a nivel mundial. Este es el objetivo primordial de todos nuestros servicios, ya sea a nivel de grupo o a nivel local o nacional — y ahora, a nivel internacional, se incluye la Reunión de Servicio Mundial.

La *Novena Tradición* nos recuerda que hubo en el pasado un acalorado debate acerca de si A.A. debía estar organizado como lo están la mayoría de las corporaciones no lucrativas. Finalmente, tomamos la decisión de que A.A., como tal, nunca tendría una organización en el sentido de un “gobierno” que pudiera dar órdenes por medio de comités o juntas a los individuos o grupos componentes de la Comunidad. Nuestros comités y juntas sólo podían prestar servicios y hemos intentado organizarlos para que funcionen eficazmente. Pero A.A. no tiene gobierno en el sentido político. Esto tampoco es una virtud nuestra — no es nada más que la sencillez.

Las *Tradiciones Diez, Once y Doce*, cada una en su manera particular, tratan del anonimato. Nuestras relaciones públicas deben caracterizarse por el anonimato — por el principio de *atraer* a gente a nosotros, y no por la publicidad y promoción. De hecho, es mejor dejar que nuestros amigos nos recomienden. Llegamos al punto intermedio como consecuencia de la fricción entre dos extremos: el radical en A.A., que lo arruinaría haciendo de todo, y el conservador, que lo arruinaría no haciendo nada. Nuestra política de relaciones públicas no hace publicidad de personas, sino que se enfoca en la Comunidad siempre dispuesta para servir. Y es efectiva y eficaz aunque no hace uso de los métodos habituales.

El anonimato, según lo veo yo, es la clave espiritual de todas las Tradiciones. ¿Por qué es así? En nuestro libro *Doce Pasos y Doce Tradiciones* encontramos la siguiente respuesta:

“...El anonimato no es sino la auténtica humildad en acción. Es una cualidad espiritual que hoy día caracteriza todos los aspectos de la forma de vida de A.A. en todas partes. Animados por el espíritu de anonimato, nos esforzamos por abandonar nuestros deseos naturales de distinguirnos personalmente como miembros de A.A., tanto entre nuestros compañeros alcohólicos como ante el público en general. Al poner a un lado estas aspiraciones eminentemente humanas, creemos que cada uno de nosotros participa en tejer un manto protector que cubre toda nuestra Sociedad y bajo el cual podemos desarrollarnos y trabajar en unidad.

“Estamos convencidos de que la humildad, expresada por el anonimato, es la mayor protección que Alcohólicos Anónimos jamás pueda tener”.

Permítanme que les cuente un par de historias que tratan de mi propia experiencia con el anonimato. Yo había utilizado el alcohol en mi búsqueda de la fama y del poder, en mis delirios de grandeza o para apagar las depresiones cuando me sentía frustrado. Entonces se presentó esta noción del anonimato. Éramos una sociedad secreta durante los primeros años con un mensaje que pasábamos de boca en boca. Pero nuestro éxito pronto puso fin a todo eso. De repente hicimos un giro de 180 grados. Algunos fueron a toda carrera a presentarse ante los reporteros y los micrófonos, y en lo concerniente a la “fama”, yo pasé por una dura prueba.

Poco a poco, la situación se fue apaciguando. Después de esos días, a lo largo de los años, pocas personas han roto su anonimato intencionalmente ante el público. Y la mayoría han llegado a darse cuenta de que, a fin de cuentas, al comportarse así, sentaron un peligroso precedente.

Yo compartía esta opinión — a veces renuente, porque algunas decisiones que tuve que tomar fueron difícilísimas. Por ejemplo, recuerdo una ocasión en que los miembros de la redacción de la revista *Time* nos invitaron a almorzar a algunos de los que trabajábamos en la oficina de A.A. El propósito de la reunión fue el de facilitarles información sobre la Comunidad. Pero lo que ellos más deseaban era publicar mi historia personal, la cual, por supuesto, abarcaría la historia de A.A. *Time* siempre nos ha tratado muy bien y los editores me prometieron que mi anonimato quedaría protegido, queriendo decir que no publicarían mi nombre completo ni ninguna fotografía. Me recordaron que la revista tenía millones de lectores. Me dijeron también que les gustaría publicar en la portada una foto mía con la cabeza vuelta de manera que nadie me pudiera reconocer, y así, en términos estrictos, mi anonimato estaría respetado.

Ahora pues, la propuesta me planteó una cuestión. Dada mi posición delicada, ¿tenía yo el derecho de hacer algo que pudiera abrir la puerta de

un peligroso precedente? Si yo apareciera en una foto con la cara *un poco* vuelta, lo indudable era que algún borracho no tardaría mucho en volver la mirada directamente a la cámara. Como consecuencia, no me pude permitir hacerlo. Durante toda mi vida, si quería mantener el *espíritu* del anonimato ante el público, no podría cooperar con ningún proyecto biográfico.

Entonces se me presentó otra tentación. Esta historia que les voy a contar se desenvolvió un día en el salón de estar del Dr. Bob. Aquí valdría mencionar que mi relación con el Dr. Bob era una colaboración perfecta. Nunca cruzamos palabras airadas y todo el mérito se debía a él, cuyo consejo tranquilo me mantenía en el buen camino.

Habíamos decidido que el Dr. Bob se ocuparía principalmente de las preguntas relacionadas con la hospitalización y el desarrollo de nuestro trabajo de Paso Doce. Entre 1940 y 1950, en compañía de aquella maravillosa monja, Sor Ignacia, había tratado a más de 5,000 borrachos en el Hospital Santo Tomás de Akron. Su ejemplo espiritual servía como una influencia positiva y poderosa, y nunca cobró ni un centavo por sus cuidados médicos. Así que el Dr. Bob llegó a ser el príncipe de todos los trabajadores de Paso Doce. Tal vez nadie nunca hará un trabajo parecido.

En el año 1947, Bob se sometió a una intervención quirúrgica. Pero el bisturí no cortó el cáncer y el tumor creció. Resultaba dolorosamente obvio que él iba a dejar este mundo. La gente de Akron se sentía desconsolada. Querían “hacer lo correcto”. Fueron a su casa para hablarle en el lenguaje del corazón para comunicarle sus sinceros sentimientos. Y entonces le propusieron una idea, expresada lo más suave y amablemente posible: “Bob, tú y Annie deben tener el mausoleo apropiado para el cofundador de A.A.” Llegaron, por supuesto, con copias de plano y las desplegaron sobre el suelo. Claro que el Dr. Bob se sentía profundamente conmovido.

No estaba yo presente para la presentación de la propuesta y los planes para el mausoleo. Pero poco tiempo después, Bob me explicó la situación. “Tú sabes, Bill, esta idea me crea un conflicto”, me dijo. “Ya sé que esta buena gente quiere hacer algo muy bueno para mí, lo mejor

posible. Pero Bill, yo creo, y espero que tú lo creas también, que nos deben enterrar como a todos los demás”.

Esa fue la manera en que el Dr. Bob se vestía del manto del anonimato. No era cuestión de ser muy nobles, él y yo, pero ambos ya llevábamos mucho tiempo viviendo en tiempo prestado. Así que, de allí en adelante, haríamos todo lo posible para proteger el anonimato. Nos esforzaríamos por seguir no solamente el tenor literal del principio —no apellidos, no fotos— sino también el espiritual.

De vez en cuando, nos proponían otorgar títulos honorarios con garantía de proteger nuestro anonimato, que no se utilizarían apellidos, ni fotos, etc. Pero nos parecía mejor preservar el espíritu del anonimato sin poner nada a riesgo, así que cortésmente los rechazábamos.

Pero recuerdo una ocasión en la que me sentí extremadamente tentado. (Menciono este caso para demostrarles que no soy verdaderamente modesto, si lo fuera no se lo contaría.) Me llegó noticia de la Universidad de Yale de que los custodios desearían otorgarme un doctorado en Leyes. Y les aseguro que esos títulos honorarios de eminentes universidades, no los otorgan a patadas. Puede que sea el honor más alto que pueda recibir un lego. A los ojos de un muchacho criado en Vermont que creía que quería ser presidente pero no lo pudo lograr, esta propuesta fue muy seductora.

Fui a consultar con la junta de custodios y me preguntaron: “¿Por qué estás dudando? No seas tonto. Acéptalo”. Teniendo en cuenta sus esfuerzos para que yo siguiera humilde en otros muchos casos, su respuesta me dejó asombrado. Y entonces me dijeron que ya habíamos aceptado el Premio Lasker, ¡y ahora éste! ¡Tal vez un día nos encontraríamos en Estocolmo! Y aparte de esto significaría una nueva respetabilidad para A.A. Una cantidad cada vez mayor de la “gente apropiada” se uniría a la Comunidad. Y sólo Dios sabía cuántos alcohólicos morirían —especialmente de entre la “gente apropiada”— si yo tomara la decisión de rechazar el título. Créanme, me encontré en una situación muy conflictiva.

Seguimos discutiendo el tema con varios cus-

todios de A.A. Finalmente, Archie Roosevelt, conocido a muchos de ustedes, me miró con una leve sonrisa y me dijo: “Pues, Bill, sabes mucho acerca de mi padre, Theodore. Era un hombre que en ocasiones ciertamente tenía problemas de ego. Y por lo tanto, se impuso a sí mismo la estricta regla de no aceptar bajo ninguna circunstancia ningún título honorario nunca en su vida”.

Por alguna razón este comentario me llegó a mí y les dije con voz débil: “Muchachos, no lo voy a aceptar”.

Esta no es sino una parte de mi historia y el mero comienzo de *nuestra* historia.

Me gustaría concluir con un recuerdo de una de las figuras más grande de la historia y con algunas palabras tuyas que nos han llegado a nosotros a través de los siglos. Se llamaba Francisco.

*Dios, hazme un instrumento de tu Paz —
que donde haya odio, siembre amor —
donde haya injuria, perdón —
donde haya discordia, armonía —
donde haya error, verdad —
donde haya duda, fe —
donde haya desesperación, esperanza —
donde haya sombras, luz —
donde haya tristeza, alegría.
Dios, concédeme que busque
no ser consolado, sino consolar —
no ser comprendido, sino comprender —
no ser amado, sino amar.
Porque olvidándome de mí mismo, me encuentro;
perdonando, se me perdona;
muriendo en Ti, nazco a la vida eterna.*

LAS DOCE TRADICIONES DE ALCOHÓLICOS ANÓNIMOS

1. Nuestro bienestar común debe tener la preferencia; la recuperación personal depende de la unidad de A.A.

2. Para el propósito de nuestro grupo sólo existe una autoridad fundamental: un Dios amoroso tal como se exprese en la conciencia de nuestro grupo. Nuestros líderes no son más que servidores de confianza. No gobiernan.

3. El único requisito para ser miembro de A.A. es querer dejar de beber.

4. Cada grupo debe ser autónomo, excepto en asuntos que afecten a otros grupos o a A.A., considerado como un todo.

5. Cada grupo tiene un solo objetivo primordial: llevar el mensaje al alcohólico que aún está sufriendo.

6. Un grupo de A.A. nunca debe respaldar, financiar o prestar el nombre de A.A. a ninguna entidad allegada o empresa ajena, para evitar que los problemas de dinero, propiedad y prestigio nos desvíen de nuestro objetivo primordial.

7. Todo grupo de A.A. debe mantenerse completamente a sí mismo, negándose a recibir contribuciones de afuera.

8. A.A. nunca tendrá carácter profesional, pero nuestros centros de servicio pueden emplear trabajadores especiales.

9. A.A. como tal nunca debe ser organizada; pero podemos crear juntas o comités de servicio que sean directamente responsables ante aquellos a quienes sirven.

10. A.A. no tiene opinión acerca de asuntos ajenos a sus actividades; por consiguiente su nombre nunca debe mezclarse en polémicas públicas.

11. Nuestra política de relaciones públicas se basa más bien en la atracción que en la promoción; necesitamos mantener siempre nuestro anonimato personal ante la prensa, la radio y el cine.

12. El anonimato es la base espiritual de todas nuestras Tradiciones, recordándonos siempre anteponer los principios a las personalidades.

LOS DOCE CONCEPTOS PARA EL SERVICIO MUNDIAL

I. La responsabilidad final y la autoridad fundamental de los servicios mundiales de A.A. deben siempre residir en la conciencia colectiva de toda nuestra Comunidad.

II. La Conferencia de Servicios Generales se ha convertido, en casi todos los aspectos, en la voz activa y la conciencia efectiva de toda nuestra Comunidad en sus asuntos mundiales.

III. Para asegurar su dirección eficaz, debemos dotar a cada elemento de A.A. — la Conferencia, la Junta de Servicios Generales, y sus distintas corporaciones de servicio, personal directivo, comités y ejecutivos — de un Derecho de Decisión tradicional.

IV. Nosotros debemos mantener, a todos los niveles de responsabilidad, un “Derecho de Participación” tradicional, ocupándonos de que a cada clasificación o grupo de nuestros servidores mundiales les sea permitida una representación con voto, en proporción razonable a la responsabilidad que cada uno tenga que desempeñar.

V. En toda nuestra estructura de servicio mundial, un “Derecho de Apelación” tradicional debe prevalecer, asegurándonos así que se escuche la opinión de la minoría, y que las peticiones de rectificación de los agravios personales sean consideradas cuidadosamente.

VI. La Conferencia reconoce también que la principal iniciativa y la responsabilidad activa en la mayoría de estos asuntos, deben ser ejercida en primer lugar por los miembros custodios de la Conferencia, cuando ellos actúan como la Junta de Servicios Generales de Alcohólicos Anónimos.

VII. La Carta Constitutiva y los Estatutos son instrumentos legales, y los custodios están, por consiguiente, totalmente autorizados para administrar y dirigir todos los asuntos de servicios. La Carta de la Conferencia en sí misma no es un instrumento legal; se apoya en la fuerza de la tradición y en las finanzas de A.A. para su eficacia.

VIII. Los Custodios son los principales planificadores y administradores de los grandes asuntos de política y finanzas globales. Con respecto a nuestros servicios constantemente activos e incorporados separadamente, los Custodios, como síndicos fiscales, ejercen una función de supervisión administrativa, por medio de su facultad de elegir a todos los directores de estas entidades.

IX. Buenos directores de servicio en todos los niveles son indispensables para nuestro funcionamiento y seguridad en el futuro. La dirección básica del servicio mundial que una vez ejercieron los fundadores de Alcohólicos Anónimos, tiene necesariamente que ser asumida por los Custodios.

X. A cada responsabilidad de servicio, le debe corresponder una autoridad de servicio equivalente, y el alcance de tal autoridad debe estar siempre bien definido.

XI. Los Custodios deben siempre contar con los mejores comités permanentes y con directores de las corporaciones de servicio, ejecutivos, personal de oficina y consejeros bien capacitados. La composición, cualidades, procedimientos de iniciación y derechos y obligaciones serán siempre asuntos de verdadero interés.

XII. La Conferencia cumplirá con el espíritu de las Tradiciones de A.A., teniendo especial cuidado de que la Conferencia nunca se convierta en sede de peligrosa riqueza o poder; que fondos suficientes para su funcionamiento, más una reserva adecuada, sean su prudente principio financiero, que ninguno de los miembros de la Conferencia sea nunca colocado en una posición de autoridad desmedida sobre ninguno de los otros, que se llegue a todas las decisiones importantes por discusión, votación y, siempre que sea posible, por unanimidad substancial; que ninguna actuación de la Conferencia sea punitiva a personas, o una incitación a controversia pública, que la Conferencia nunca deba realizar ninguna acción de gobierno autoritaria, y que como la Sociedad de Alcohólicos Anónimos, a la cual sirve, la Conferencia en sí misma siempre permanezca democrática en pensamiento y en acción.

PUBLICACIONES DE A.A. Aquí hay una lista parcial de publicaciones de A.A. Se pueden obtener formularios de pedidos completos en la Oficina de Servicios Generales de ALCOHÓLICOS ANÓNIMOS, Box 459, Grand Central Station, New York, NY 10163. Teléfono: (212) 870-3400. Sitio web: aa.org

LIBROS

ALCOHÓLICOS ANÓNIMOS
DOCE PASOS Y DOCE TRADICIONES
REFLEXIONES DIARIAS
A.A. LLEGA A SU MAYORÍA DE EDAD
COMO LO VE BILL
EL DR. BOB Y LOS BUENOS VETERANOS
'TRANSMÍTELO'

LIBRILLOS

VIVIENDO SOBRIO
LLEGAMOS A CREER
A.A. EN PRISIONES — DE PRESO A PRESO

FOLLETOS

Experiencia, fortaleza y esperanza:

LAS MUJERES EN A.A.
LOS JÓVENES Y A.A.
A.A. PARA EL ALCOHÓLICO DE EDAD AVANZADA—
NUNCA ES DEMASIADO TARDE
A.A. PARA EL ALCOHÓLICO NEGRO Y AFROAMERICANO
A.A. PARA EL NATIVO NORTEAMERICANO
LOS ALCOHÓLICOS LGBTQ EN A.A.
LA PALABRA "DIOS": LOS MIEMBROS DE A.A. AGNÓSTICOS Y ATEOS
A.A. PARA LOS ALCOHÓLICOS CON PROBLEMAS DE SALUD MENTAL —
Y SUS PADRINOS
ACCESO A A.A.: LOS MIEMBROS HABLAN SOBRE SUPERAR LAS BARRERAS
A.A. Y LAS FUERZAS ARMADAS
¿SE CREE USTED DIFERENTE?
MUCHAS SENDAS HACIA LA ESPIRITUALIDAD
CARTA A UN PRESO QUE PUEDE SER ALCOHÓLICO
ES MEJOR QUE ESTAR SENTADO EN UNA CELDA
(Folleto ilustrado para los presos)

Acerca de A.A.:

PREGUNTAS FRECUENTES ACERCA DE A.A.
¿ES A.A. PARA MÍ?
¿ES A.A. PARA USTED?
UN PRINCIPIANTE PREGUNTA
¿HAY UN ALCOHÓLICO EN SU VIDA?
ESTO ES A.A.
PREGUNTAS Y RESPUESTAS SOBRE EL APADRINAMIENTO
EL GRUPO DE A.A.
PROBLEMAS DIFERENTES DEL ALCOHOL
EL MIEMBRO DE A.A. — LOS MEDICAMENTOS Y OTRAS DROGAS
EL AUTOMANTENIMIENTO: DONDE SE MEZCLAN
LA ESPIRITUALIDAD Y EL DINERO
LOS DOCE PASOS ILUSTRADOS
LAS DOCE TRADICIONES ILUSTRADAS
LOS DOCE CONCEPTOS ILUSTRADOS
CÓMO COOPERAN LOS MIEMBROS DE A.A. CON LOS PROFESIONALES
A.A. EN LAS INSTITUCIONES CORRECCIONALES
A.A. EN LOS ENTORNOS DE TRATAMIENTO
UNIENDO LAS ORILLAS
LA TRADICIÓN DE A.A. — CÓMO SE DESARROLLÓ
SEAMOS AMISTOSOS CON NUESTROS AMIGOS
COMPRENDIENDO EL ANONIMATO

Para profesionales:

A.A. EN SU COMUNIDAD
UNA BREVE GUÍA A ALCOHÓLICOS ANÓNIMOS
SI USTED ES UN PROFESIONAL, A.A. QUIERE TRABAJAR CON USTED
A.A. COMO RECURSO PARA LOS PROFESIONALES DE LA SALUD
¿HAY UN BEBEDOR PROBLEMA EN EL LUGAR DE TRABAJO?
LOS MIEMBROS DEL CLERO PREGUNTAN ACERCA DE A.A.
ENCUESTA SOBRE LOS MIEMBROS DE A.A.
EL PUNTO DE VISTA DE UN MIEMBRO DE A.A.

VÍDEOS (disponible en aa.org, subtítulo)

VÍDEOS DE A.A. PARA LOS JÓVENES
ESPERANZA: ALCOHÓLICOS ANÓNIMOS
UNA NUEVA LIBERTAD
LLEVANDO EL MENSAJE DETRÁS DE ESTOS MUROS

Para profesionales:

VÍDEO PARA PROFESIONALES DE LA SALUD
VÍDEO PARA PROFESIONALES JURÍDICOS Y DE CORRECCIONALES
VÍDEO PARA PROFESIONALES DE EMPLEO/RECURSOS HUMANOS

REVISTAS

LA VIÑA (bimensual)
AA GRAPEVINE (mensual, en inglés)

DECLARACIÓN DE UNIDAD

Debemos hacer esto para el futuro de A.A.: Colocar en primer lugar nuestro bienestar común; para mantener nuestra comunidad unida. Porque de la unidad de A.A. dependen nuestras vidas, y las vidas de todos los que vendrán.

Yo soy responsable...

Cuando cualquiera, dondequiera, extienda su mano pidiendo ayuda, quiero que la mano de A.A. siempre esté allí.

Y por esto: **Yo soy responsable.**

Esta literatura está aprobada por la Conferencia de Servicios Generales de A.A.